

LOS GRANDES FILMS  
mudos y  
sonoros



**LA SOMBRA DEL SILENCIO**  
LOIS MORAN ■ J. HAROLD MURRAY

50  
CTS



LA SOMBRA DEL SILENCIO

**Los Grandes Films**  
**Mudos y Sonoros**

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BIRTAGÓN  
Paseo de la Paz, 16 bis - BARCELONA - Teléfono 1508

*Under Suspicion, 19*

**La sombra del silencio**

Interesante comedia dramática, interpretada por  
Lois Moran, J. Harold Murray, J. M. Kerrigan  
y otros conocidos artistas

Lo

**Es un film FOX**

Distribuida por

**HISPANO FOXFILM, S. A. E.**

Valencia, 280

BARCELONA

---

Prohibida la  
reproducción

---



## La sombra del silencio

*Argumento de la película*

### I

Canadá... La Suiza americana... Paisajes agrestes, de maravilla que suspenden el ánimo y obligan a amar a la Naturaleza... Bosques inmensos, montañas altísimas, donde el hombre se siente impelido al silencio, al respeto hacia la obra divina... Y donde ha nacido la institución que merece el respeto y la admiración del mundo entero: el puñado de hombres que forman la Real Policía Montada del Canadá...

En Jasper, Alberta (Canadá), el cuerpo de la Real Policía Montada de aquel lugar, veía divertidos sus escasos ocios por la presencia de una pareja de inseparables

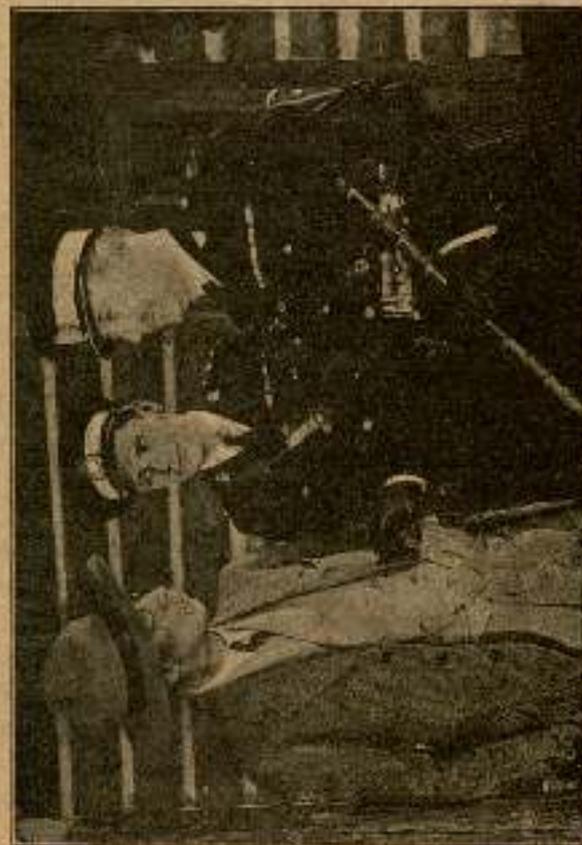
--el sargento Doyle y el soldado Darby-- que no cesaban de molestarse mutuamente en cuanto les era posible.

Sabido era por todo el destacamento que el ahora sargento Doyle había pasado muy negras en Europa--durante la Guerra Europea--bajo las órdenes del ahora soldado Darby. Y que Doyle no podía olvidar ni por un momento aquellos terribles tiempos en los que además de todas las molestias de una vida de topos, le era preciso añadir las insidias del entonces su superior jerárquico.

Pero un día la monótona vida de aquellos hombres bravos y sufridos, vióse alterada por la llegada de un nuevo recluta de la Real Policía Montada. Nadie sabía quién era, ni de dónde venía, pero en él se adivinaba a un hombre distinguido y que sin duda ocupara una posición muy superior a la que ahora pretendía desempeñar. No era él el primero que venía a la Policía Montada del Canadá en busca de una vida nueva y de un olvido. Pero no es menos cierto que a todos llamaba la atención el recién llegado que era tratado con gran deferencia por su superior, el sargento Doyle, que al mismo tiempo era quien lo recomendaba al Cuerpo. Sólo se pudo saber--y esta tras muchas averiguaciones--que Doyle y el nuevo recluta habían sido camaradas en la guerra.

Juan Smith--así dijo llamarse el nuevo soldado--tenía, sin embargo, un enemigo en el Cuerpo. Eso se echó pronto de ver. Era el inspector Turner. Los dos hombres era indudable que se conocían y que no era una gran simpatía, precisamente, lo que les unía.

A solas más tarde con Doyle, Juan Smith lo comentaba.



...a todos llamaba la atención...

Todos lo habían recibido bien, mucho mejor de lo que creía poder esperar.

—Creo que el Cuerpo es magnífico, Doyle—decía el nuevo policía—. Y la tropa y la oficialidad espléndidas.

—Sí—convino el sargento—. Todos... Todos menos el inspector Turner. ¡Ten mucho cuidado con él!

Smith quedóse un momento silencioso.

—Comprendo que le he caído mal desde el primer momento—dijo, por fin—. No cabe duda.

—No te le acerques mucho—fué el consejo de Doyle, al tiempo que se marchaba—. Y que jamás te pille en una infracción del reglamento.

Justamente, al mismo tiempo que conversaban Doyle y Smith, el inspector Turner se hallaba ante el jefe superior del Cuerpo. Y sus palabras no eran precisamente un cacomio para el nuevo soldado.

—Coronel Friel—decía—, por ciertos detalles que he adquirido, sé que la hoja de servicios de Smith durante la guerra deja mucho que desear.

El coronel le miró con cierto disgusto. No le placía aquel afán de Turner por ser intransigente. Respondió, como dando por terminada ya la entrevista y cual si sus palabras fueran una suprema razón:

—Los que estuvieron con él en Francia dicen que era un gran aviador.

Turner no se amilanaba por tan poco.

—En su nota de enganche—advirtió—niega que fuera aviador.

El coronel Friel miró a su subordinado descomulgado de saber a dónde iba éste a parar.

Turner vaciló un poco. Era indudable que no le gustaba tampoco lo que iba a decir, pero el hecho de que su vista se posase en el retrato que había encima de la mesa del coronel, le decidió. Este retrato era de Alicia, la bella hija de Friel y que todo el mundo sabía pretendida por el inspector.

—Dicen que su hermano y él marcharon a París sin permiso...—explicó lentamente—. Se embriagaron y los dos hicieron el amor a la misma joven.

Friel escuchaba impasible.

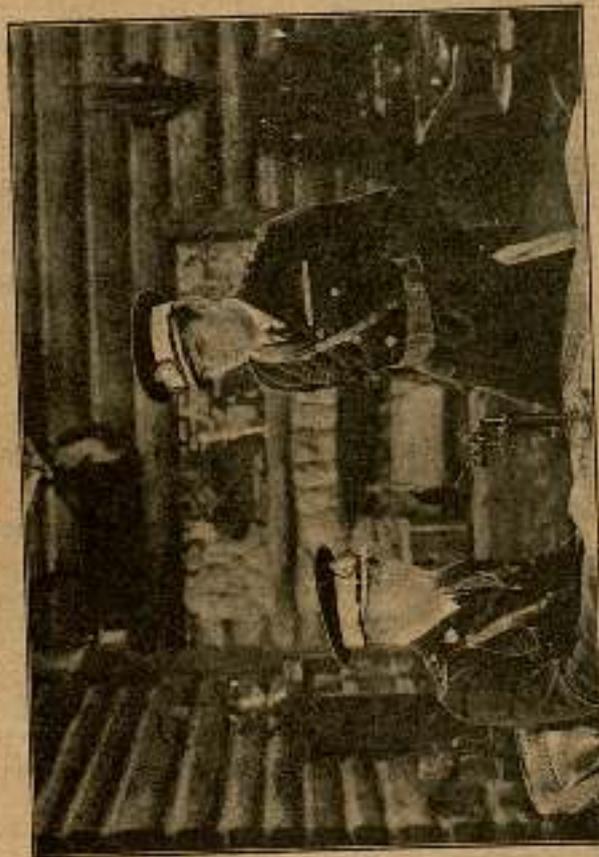
Turner se iba animando a medida que hablaba.

—Uno de ellos se embriagó más de la cuenta... La muchacha era una espía... ¡Y todo un escuadrón aéreo inglés desapareció!

El coronel se sentía molesto. Comprendía que Turner no había hecho más que cumplir con su deber, pero no le gustaba aquel afán del inspector por inquirir en la vida privada, pasada, de un hombre que quizá pretendía regenerarse, comenzar una vida nueva. Además, Juan Smith se había ganado sus simpatías; esto era indudable... Pero él era el jefe del Cuerpo y necesitaba que todos sus hombres se hallaran limpios de todo pecado que encerrara una tal gravedad.

Con tono seco y autoritario, dispuso:

—Estos rumores se pueden verificar fácilmente. Mando su retrato al Ministerio de la Guerra en Londres. Y que nos envíen su informe.



—Dícese que sa hermano y él...

Turner saludó militarmente y salió.

Y el coronel Friel pensó que Turner era un buen inspector, que quizá no habría otro como él, pero también resultaba un pésimo camarada.

## II

Juan Smith, sonriendo recibía las quejas del enfurecido Darby. Alguna cosa había éste sufrido del sargento Doyle que le había puesto frenético.

—¡Creo que voy a pasar las de Caín con ese hombre!

Y requiriendo al silencioso Smith como paño de lágrimas de sus desdichas, explicó:

—Sepa usted que durante la guerra yo era el sargento y él soldado raso... Aquí resulta que el soldado raso soy yo...

—¿Y lo trataste mal?—preguntó Smith, creyendo adivinar.

No hubo tiempo para que Darby respondiera. Una zarpa que parecía una mano cayó sobre su espalda y le hizo volverse. Allí estaba el terrible sargento Doyle.

—Esta mañana te portaste muy mal durante la revista. Te voy a enseñar el ejercicio yo mismo, *en privado*.

Y luego, con una satisfacción inmensa, le hizo saber:

—Los tiempos cambian... ¡Ahora soy tu superior!

Y para que mejor comprendiera lo que habían cambiado los tiempos, mandó de pronto con voz de trueno:

—¡Quítame las botas!

—¿Yo?—gimió el otro.

—Tú. No puedes renunciar a servirme hasta que me cobre las tiranías que tuviste conmigo cuando eras mi superior en Francia.

Entretanto, Juan Smith se había alejado.

Sus ojos soñadores contemplaban ahora aquel paisaje bello, maravilloso y, tal vez, único del Parque Nacional de Jasper. ¡Quién podía decir los recuerdos que su visión le traía!

Le hizo salir de su abstracción el sonido de una voz que oyó a sus espaldas.

—No siempre se ha llamado usted Juan Smith, ¿verdad?

El aludido giró sobre sus talones con rapidez.

Ante él estaba el coronel Friel, con una expresión de franca simpatía. El soldado se cuadró, pero el superior le indicó con un gesto se dejara de ordenanzas militares.

Y repitió la pregunta:

—Alguna dificultad durante la guerra, le hizo cambiar de nombre, ¿no es cierto?

Juan Smith miró largamente a aquel hombre bueno que se esforzaba, tal vez, en aliviarle de la pesada carga a que equivalía el secreto que de tanto tiempo gravitaba sobre sus hombros. Quizá fué a hablar, pero logró contenerse.

—Prefiero guardar silencio, señor... El divulgar detalles causaría pesares a mi familia.

Fué su tono tan respetuoso y tan firme que el coronel Friel no pudo menos de sentirse aún más ganado por

aquel hombre animoso que se esforzaba en labrarse una vida nueva entre las ruinas de otra que quién sabe por qué causas viera hundirse. Y por esto olvidando la negativa, dijo poniéndole una mano en el hombro:

—Eso me gusta. Veo que no es usted egoísta. Aquí todo depende de la entereza de carácter... Con eso recuperará lo que ha perdido.

Juan Smith dirigió una profunda mirada de agradecimiento a aquel hombre bueno. Quizá se hubiera ahora confiado a él, de no ser que en aquel instante oyeron el furioso galopar de un caballo y a poco detenerse ante ellos una amazona sudorosa que decía con entrecortada voz:

—¡Papá, hay un incendio en las Jomas de Cayón!... Lo alcancé a ver desde la colina.

El coronel Friel se echó a reír al tiempo que estrechaba entre sus brazos a su hija.

—Ya lo sé, hija mía. Pero está casi sofocado ya...

La joven con cierto desencanto, manifestó:

—Después de la carrera que me he dado para venir a decírtelo, debías simular que lo ignorabas.

El coronel Friel se echó a reír y Smith no pudo evitar también el imitarle. Esto fué causa de que la recién llegada se volviese a ver al que acompañaba al autor de sus días. Y seguramente que le hubiese dado a entender su desagrado de no ser que le produjo tan grata impresión. Y también, conviene advertirlo, porque en sus ojos leyó un profundo homenaje de admiración hacia ella.

Además en aquel momento llegó con precipitación una

muchiacha, jovencita, que se precipitó hacia la hija del coronel casi sin ver a nadie más.

—Señorita Alicia...—dijo con voz jadeante por la inquietud—. Abuelita está enferma, muy grave. La está llamando. ¿Quiere venir a verla?

La alegría que un momento antes dibujábase en los ojos de la joven dejó paso a una profunda inquietud.

—Me voy, papá—dijo con laconismo.

Y antes que éste pensara hacer la menor objeción ya seguía a la jovencita que viniera en su busen.

Smith hizo un ademán para seguir a las dos jóvenes.

Pero el coronel le contuvo. Hízole ver como se habían ya embarcado en una canoa y como la propia Alicia tomaba el remo y conducía con habilidad la canoa.

—Quiere mucho a su aya...—explicó con daltura el coronel Friel—. Se hará ampollas en las manos por llegar pronto a su lado.

Y pasando amigablemente el brazo por la espalda de su subordinado, el coronel emprendió el regreso hacia su casa.



—Me voy, papá.

### III

Smith estaba enjanzando su caballo, llevado por el propósito de emprender por adelantado la labor de vigilancia que le estaba encomendada. Faltaba solamente asegurar la cincha al caballo, que le parecía quedara floja, cuando advirtió que a su lado estaba el inspector Turner.

Un tácito silencio se estableció por un tiempo entre los dos hombres. Smith con el pretexto de asegurar la cincha fingía no haber visto a su superior.

Turner fué el primero en hablar:

—De modo que es usted Juan Smith...

No era posible no darse por aludido. El soldado saludó a su superior.

—Un nombre distinguido...—continuó éste—, ¿De dónde viene?

—¡De Francia, donde se peleaba!—fué la seca respuesta.

El inspector sonrió.

—Deseaba saber algo más, ahondar la herida que

advertía tenía aquel hombre que era su subordinado. Y por esto no prestó atención a la seca respuesta que se había dado a su primera pregunta.

—¿De qué parte de Inglaterra es oriundo usted?

Smith halló un buen pretexto en arreglar de nuevo la brida de su caballo que habíase soltado. Era ésta una manifiesta falta de respeto al superior que le interrogaba, pero la verdad era que apenas si le era posible contenerse.

Turner insistió aún:

—¿En qué lugar ha montado usted caballos antes?

Smith saltó sobre su montura y respondió una vez en ella:

—¡En el lomo!

Y salió de estampín, luego de hacer un breve saludo al despochado inspector.

Corría Smith, por el gusto de ver desfilan por su lado los troncos de los árboles, por el gusto de olvidar pronto en el frenesí de la carrera la nerviosidad que le producía la conversación sostenida.

Mas de pronto, su vigorosa mano refrenó la cabalgadura y lo hizo con tanta violencia que el corcel dobló casi las patas a la sacudida.

Temió al principio que le engañaran sus ojos, que fuera juguete de una fantasía... Pero bien pronto vió que no era así. Por el río, por un paraje peligrosísimo avanzaba rauda una canoa. Era innegable que quien conducía estaba muy cerca de perder el dominio sobre la embarcación. Pero no fué esto sólo lo que hizo que

se le aceleraran los latidos de su corazón, no. Fué el hecho de descubrir quién era el único pasajero de aquel cascarón de nuez sacudido ruidamente por los embates de las furiosas corrientes. Más bien que pasajero era pasajera: era Alicia, la hija del coronel.

Su estupor del momento fué presto desvanecido por la imperiosa necesidad de obrar, de hacer algo.

Nerviosamente picó espuelas y su caballo, no acostumbrado a tales tratos, dió un salto hacia adelante y emprendió velocísima carrera.

Bien pronto llegó el policía a una especie de lengua de tierra que se adelantaba hacia el río. Desde ella y rodeado por el rugir de las aguas, Smith esperó el paso de la embarcación para advertir a su ocupante el peligro que corría con las aguas tan alteradas como estaban aquel día.

Pero bien pronto comprendió que su propósito era inútil, vano.

La embarcación pasó rauda como una flecha y Smith tuvo la certidumbre de que la canoa ya no era dominada por Alicia, sino que lo único que la joven hacía era desviar los obstáculos para impedir que se estrellara contra las múltiples rocas que surgían traídonamente y rodeadas de espuma por entre el lecho del río.

Smith era un hombre que sabía dominar sus nervios cuando era necesario para tomar una rápida decisión. En este caso, desde su caballo y mientras la canoa avanzaba como una flecha hacia la cascada que significaría

la muerte para la hija del coronel, dió una muestra más de su extraño dominio.

Impasible, cual si asistiera a algo sin importancia, juzgó los pros y contras que había en aquella partida que iba a disputar a la muerte. Y rápidamente advirtió el único lugar donde la suerte podía ayudarle. Tan pronto hubo trazado su plan, espoleó de nuevo el caballo y salió rápido hacia aquella curva que hacía el río y que iba a ser la salvación de Alicia. Indudablemente que su rápida montura hubiera sido ganada por la furiosa corriente de los rápidos, de no ser que el río tumultuoso seguía un curso serpenteante que le permitía al policía ganar rápido terreno.

Jamás su corazón había estado tan inquieto como ahora, ni nunca era presa de tan profundas ansiedades. Las desigualdades del terreno eran causa de que la mayoría de las veces la rápida canoa desapareciera de su vista, y cada vez temía al dirigir de nuevo la vista hacia el río que ya estuviera volcada y Alicia fuese arrastrada por las aguas. Pero por largo tiempo le fué posible admirar el temple de aquella mujercita, al parecer frágil, y que valientemente conducía su embarcación, aun sabiendo que al final de aquella carrera iba a encontrar una cascada donde quedarían destrozados la barca y su lindo cuerpo, al chocar contra las duras peñas del fondo.

Llegó al fin Smith al lugar que se propusiera. Cien metros más abajo rugía la cascada, advirtiéndole que allí le aguardaba un final horroroso como no supiera dominar la fuerza terrible de las rápidas aguas.

Pero el policía no escuchaba la fatídica canción amenazadora de la rugiente avalancha. Sus sentidos todos estaban concentrados en la curva del río por donde debería aparecer la canoa de Alicia y que por ahora quedaba oculta.

De pronto apareció. Pero apareció volcada, sin su pasajera. Por fin el monstruo acuático había vencido en la lucha. La frágil embarcación avanzaba dando tumbos, chocando contra las peñas...

Smith sintió que una garra le prendía en el corazón. Por un instante temió que la adorable mujercita que entreviera unos instantes aquel mismo día, junto al coronel Friel, fuera ya una masa informe... Pero no, un poco más lejos de la canoa, vió una cabeza y unos brazos que luchaban sin desmayo contra la corriente, que sorteaban las peñas...

Y Smith casi lanzó un alarido de júbilo. Con gestos rápidos se despojó de su armamento y del sombrero, para lanzarse sin perder tiempo al agua tumultuosa que le recibiría jubilosa, cual monstruo que recibe una nueva presa para su insaciable apelo.

No pretendió el hombre, vanamente ir en contra de la corriente. No, él sabía que ello hubiera representado un desgaste de energías enorme, y precisamente éstas iban a hacerle mucha falta poco después en la lucha suprema.

Por esto se limitó solamente a mantenerse en línea recta y dejar que Alicia se acercase en su rápida carrera. Smith luchó con todas sus fuerzas por vencer la inesperada emoción que le embargaba ante el hecho posible

de que ella fuera a precipitarse a la cascada. Y lo logró. Lo logró abalanzándose como un loco hacia la mujer en peligro, que logró asir, primero por un brazo, luego por el cuerpo.

Y la lucha contra el enfurecido caudal fué terrible, pero al fin Smith logró vencer. Y poco después, casi al borde de la catarata, pasó saltando de una peña a otra y llevando fuertemente estrechado entre sus brazos el cuerpo delicado de la temblorosa Alicia. Fué el suyo un alarde comprensible contra el rugiente caudal de agua que veía escapar la presa que ya diera por segura.

Cuando por fin pudo dejar a la muchacha en el suelo, en la fina arena de la orilla, al policía para disimular su honda emoción, sólo se le ocurrió decir:

—Permítame que me presente... Soy Juan Smith.

Ella sonrió. Con la reacción propia de su valiente carácter, manifestó ante el humorismo de aquellas primeras palabras, luego que habían sucedido tan graves acontecimientos:

—¡Y yo Alicia Friel! ¿Le gustó el remojón?

Rió ella de su tono cortés, como de visita. Y él también, contagiado por la risa de su compañera y admirado de su valor en aquella ocasión en que otra mujer cualquiera se hubiera desvanecido, hecho éste que, por otra parte, hubiera considerado muy natural después de la terrible emoción.

Continuando la jocosa conversación, manifestó el policía:

—No hay nada que refresque tanto como un baño con ropa y todo... y las botas chorreando...

Se echaron de nuevo a reír, hasta que Alicia súbitamente seria declaró:

—Fué usted muy noble arriesgando su vida por mí.

—¿Noble?—repitió él, sonriente—. Fué magnífico, señorita. Y no voy a permitir que se le olvide.

Sonrió ella, pero ahora con visible emoción. Y miró de hurtadillas a su remojado y apuesto salvador. Luego con el minúsculo pañolito, naturalmente mojadísimo, intentó enjugarse algo el agua que llenaba su cara.

Andaban silenciosos en demanda del caballo de Smith, cuando de pronto preguntó él, con visible interés:

—¿Va al baile esta noche?

—Sí, sí, señor.

Un corto silencio y la pregunta esperada por ella:

—¿Me reservará una danza?

—¡Oh y qué bella le pareció a él la luz brillante de los ojos de ella! ¿Y aquel gesto adorable asintiendo con la cabeza!

El relincho del caballo reconociendo a su dueño, hizo que recordaran la necesidad de regresar pronto a casa por lo menos para deshacerse de las mojadas prendas que les cubrían.

Smith acomodó lo mejor que pudo a Alicia y luego tomó la brida de su cabalgadura conduciéndola por el mejor camino que supo hallar.

Iba silencioso, pensativo: gozando de la felicidad que le significaba aquel baile que iba a disfrutar.

Ella le miraba desde aquella especie de trono que parecía su cabalgadura conducida por él. Y pensaba que jamás viera en el Real Cuerpo de la Policía Montada un hombre tan apuesto y tan gentil. Y la estremecía el hecho de que además la hubiera salvado en condiciones tan dramáticas y llenas de romanticismo.

Le agradeció también la galantería—galantería de caballero andante—de instalarla a ella en el caballo mientras que él caminaba a su lado, pese a lo molesto que debería sentirse con sus botas y toda la ropa mojadas.

Por eso no pudo menos de rogarle:

—¡Oigame!... Aquí podemos ir los dos...

Y fué en el mismo caballo, deliciosamente apoyada en su gallardo salvador, cómo les toparon poco después el inspector Turner que iba de patrulla con el sargento Doyle y unos policías, precisamente cuando el inspector había inquirido informes del nuevo soldado y el flamante sargento se los había dado encomiásticamente y asegurado:

—Smith es el gran sujeto, señor... Pero detesta a las mujeres...

## IV

El baile estaba en su mayor apogeo.

Lo más florido del Cuerpo de la Real Policía Montada y de las mujeres de la región se había congregado en el salón brillantemente iluminado.

El sargento Doyle se sentía a sus anchas con el rutilante uniforme de sargento lleno de entorchados y que destacaba en gran manera junto al menos brillante de su subordinado Darby.

Ambos eran los únicos que no bailaban y, ¡cosa extraordinaria!, no reñían sino que se sentían más amigos que nunca.

—Hombre—dijo de pronto Doyle—. ¿Y qué tal va la encomienda que te di?

Explicuemos ahora que Doyle había hecho las paces con Darby bajo la formal promesa de que éste con su gran facilidad le buscaría una dama deseosa de casarse con él.

—Va despacio—explicó Darby—. Pero he hallado una dama. Creo que es una actriz, una bailarina.

Doyle se alió el uniforme.

—¿Estás seguro de que le has hablado bien de mí?

—¡Segurísimo!... ¡Aunque para ello me fué preciso mentir!

Doyle estrechó con cordialidad la mano de su "agente matrimonial".

Entretanto Turner hablaba con la hija del coronel. Sus cálidas frases tomadas hasta entonces con agrado, ya que no con entusiasmo, eran aquel día escuchadas con la mayor indiferencia.

—¡La idolatra, Alicia!—le dijo por centésima vez el inspector—. Y no puedo remediar el sentir celos de Smith.

Alicia dijo entonces queriendo aparentar indiferencia:

—Ahora que lo menciona... Sí, creo que me gusta.

El inspector volvióse profundamente pálido.

—Quizá cambie de parecer cuando sepa lo que es.

No tuvo tiempo de añadir más. En aquel momento con delicadeza se presentó el héroe del día, el hombre que había arriesgado su vida por salvar a la hija del coronel.

Y ya entonces se vió postergado; Alicia sólo tenía ojos para el recién llegado. Sólo tenía reservada una danza—esto lo sabía Turner—; pero bailó varias con ella, y finalmente se perdieron en el jardín, ante el furor del celoso inspector.

Y como si su secreto lo fuera ya a voces, el comandante Manners se le acercó y mostrándole con su bastón la

pareja que muy cerquita uno del otro paseaba por la solitaria avenida del jardín, le dijo:

—Esa es una de las cosas que jamás cambian.—. Y aquí su voz se volvió llena de ternura insospechada en aquel carácter férreo—. Amantes a la luz de la luna.

Y como Turner no pudiera disimular su gesto de rabia, añadió con aquel tonillo irónico que hacía el efecto de un cáustico:

—Amantes... y despechados.

¡Cuán amarga verdad era ésta para el chasqueado Doyle! Otra vez había sido víctima de la perfidia de Darby que luego de hacerle conocer a la mujer que decía haberle destinado, se entretuvo en desprestigiarle ante los ojos de aquélla de manera que cuando el orondo sargento se presentó llevóse el chasco mayor de su vida. ¡Y de qué valían sus amenazas si ellas no le habían de traerle el afecto de aquella mujer que tanto le había ya ilusionado!

Cupido era más benigno con el apuesto Juan Smith.

A su lado tenía éste la flor más bella del jardín de Jasper. Y esa flor tan bella, oía estremecida las dulces palabras que él sabía decir. La Naturaleza toda parecía haberse sumado para recibir en el seno del Amor a aquella nueva pareja de almas gemelas que entonaban la eterna y siempre nueva canción. Bajo la luz plateada de la luna y el dosel tachonado de las estrellas, oíase el canto alegre del pajarillo nocturno y el susurro lejano del río antes traidor y ahora tan manso.

Y Alicia, sin saber por qué, experimentó aquella noche

un gran estremecimiento al oír que él—su salvador—la decía estremecido como por hondos sentimientos:

—¡Qué maravilloso es estar aquí a la luz de la luna, escuchando una música melodiosa... y una joven tan encantadora!...

Luego tendiendo su mirada hacia el paisaje bañado por la luz de la luna, murmuró:

—¡Qué paisaje tan encantador! Ni en Suiza he visto nada tan bello...

Y leyendo en los ojos de ella, una interrogación, explicó:

—De niño pasaba todos mis veranos en Suiza... Está a una noche de camino de mi hogar...

Algo impresionó a la bella compañera del policía. Su voz melodiosa murmuró:

—Jamás oí pronunciar la palabra *hogar* con tanto sentimiento y ternura.

Smith no respondió. Un velo de tristeza esparciöse por su rostro. Alicia dejóse ganar por el encanto de la noche bella. Y soñó en un hogar.

## V

El coronel Friel dió sus últimas disposiciones:

—¡Ah, tenga usted, inspector Turner! Este telegrama: un empleado del Gobierno se ha extraviado en el Paso de Albert. ¡Es preciso hallarlo! Pero no olvide que en el mismo lugar perdieron la vida Craig y Stephenson. De modo que advierta a sus hombres que tengan cuidado.

Turner salió pensativo y se dirigió inmediatamente hacia la finca particular del coronel. Como suponía, allí estaba Juan Smith hablando con la bella hija del coronel Friel.

Casi sin poder disimular su despecho al verles muy juntos, llamó aparte al policía y le ordenó:

—Le he escogido para desempeñar una misión importante... Partirá en el acto para un tiempo indeterminado. Irá usted a las montañas. Se ha perdido un funcionario en el Paso Albert.

Smith miró por un instante la bella figura de Alicia que se recortaba alboreada por la luz del sol.

Turner adivinó lo que pensaba y entonces realizó lo que su odio le dictaba:

—¿Tiene miedo?

La respuesta fué como un latigazo:

—¿Cuándo parto?

—Inmediatamente.

Smith, sin responder, saludó militarmente y se dirigió al lugar donde Alicia le aguardaba.

—Me mandan a las montañas a buscar un funcionario del Gobierno—explicó a la muda pregunta de su interlocutora.

Ella dirigió una temerosa mirada a la lejanía.

—Espero que sabrá algo acerca de andar por las montañas... dijo—. En esta época del año son algo peligrosas.

Y su voz era temblorosa al manifestar este temor.

Smith habló con ternura para tranquilizar a aquella mujercita adorable, aquella mujercita que tanto interés tenía por él, un parís.

—No tema. En Suiza solía dedicarme al alpinismo.

Le estrechó la mano con cariño, con dulzura, pero ella antes de que marchara, aun tuvo tiempo de deslizar una luz nueva en su alma, de darle una esperanza con que soñar durante el penoso viaje:

—Tenga cuidado... Lo estaré esperando...

Y con la certeza de que sus ojos bellos le seguían, Smith consiguió imponerse el titánico deber de marchar.

Ya hacía tiempo que había él partido, y aun seguía

Alicia pensando en su apuesto doncel, cuando Turner se le acercó meloso como siempre:

—No he tenido un momento a solas con usted, desde que llegó Smith.

La joven se encogió de hombros. Dió una respuesta trivial. ¿Qué le importaba eso a ella?

—No se deje engañar...—advirtió insidioso el inspector— ¿Qué sabe usted de su pasado?

Alicia se volvió ahora como picada por una víbora.

—¿Por qué negarle una oportunidad para rehabilitarse?—preguntó injante—. ¡Creo que es digno de ella!

—No estoy seguro de eso, pero de todos modos no se deje enamorar.

A Alicia la molestaba ya aquella charla insulsa, necia, según opinaba. Y su respuesta fué seca, contundente:

—¡Quizá me gusta mucho que me enamoren!

Corrieron rumores acerca de la arbitraria orden de Turner con respecto a Smith, y Alicia, temerosa, haciéndose oca de lo que los subordinados no se atrevían a decir claramente al coronel, se lo explicó el mismo día en que éste partía para su viaje de inspección:

—Papá... ¿Sabías que Juan Smith fué enviado a las montañas solo?

El coronel asintió al tiempo que se aseguraba el cordón que iba unido a su pistola.

—El inspector Turner me dijo que solicitó ir solo. Supongo que Smith querría distinguirse.

—Estoy muy preocupada por él —confesó luego de una pausa Alicia.

El coronel sonrió. Levantó la barbilla de su hija, y mirándola fijamente, preguntó en voz baja, como un susurro:

—¿Lo quieres, hija mía?

Y ella respondió que sí, porque entonces se dió cuenta de que era ésto lo que tanto la inquietaba, que era

• • •

éste su dulce secreto. Y como no había una madre en quien confiar aquella honda satisfacción suya, la pobre mujercita corrió a refugiarse en los brazos del padre amante que todo lo era para su hijita.

Entretanto Smith partía hacia las montañas lejanas. ¿Hacia la muerte? Era probable. Y nunca como entonces le pareciera alegre la vida y triste el negro destino que se empeñaba en perseguirle. Se cruzó con Doyle, Darby y el comandante Manners, que se hallaban prescudo. Cruzaron unas palabras y los amigos le despidieron.

Y luego, solo, Smith, creyó ver en la blancura de las lejanas montañas el rostro de la mujer querida que quedaba atrás, muy lejos.



*Los amigos se despidieron.*

\* \* \*

Transcurrieron los días...

Alicia iba a diario a la orilla misma en que Smith la había nadado por última vez, antes de partir hacia aquellas lejanas montañas. Y cada día regresaba la enamorada, sin distinguir la silueta amada.

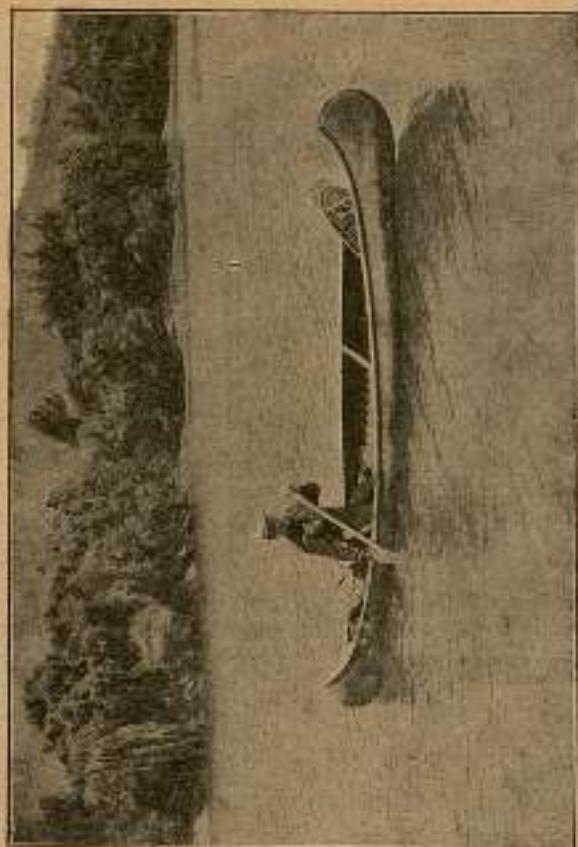
Hasta que por fin una mañana... Casi se topó con él, cuando quiso darse cuenta de que llegaba. Con agilidad dirigía el hombre su canoa que fué a tocar suavemente en la orilla donde Alicia se encontraba y rápidamente saltó él a tierra, arrastrando en pos de sí la frágil canoa.

Se miraron sonrientes, antes de hablar. Luego él contó su hazaña, allí por los montes traidores, la difícil salvación del funcionario herido. Y a ella sólo se le ocurrió decir:

—He esperado aquí todos los días... No debía haber corrido semejante riesgo... solo.

—Cumplí las órdenes—dijo él encogiéndose de hombros.

Alicia tornóse seria, severa.



...por fin una moñera...

—¿Quiere decir que no solicitó ir solo?

—¡Naturalmente que no!—manifestó Smith, también sorprendido. Pero comprendiendo varió el rumbo de la conversación—. Pero no hablemos más de eso... Hablemos de usted. Es lo único que me interesa.

—Temí que no volviera—dijo ella, dichosa y al tiempo que se colgaba de su brazo.

—Quizá no hubiera regresado...—apuntó él—a no ser por ti... Quiero pasar el resto de mi vida labrando tu felicidad.

Y la miró dulcemente. ¡Cuántas cosas bellas le decía con sus ojos!

Fué ella la atrevida, la que salió al encuentro del amor tímido de Smith, contenido quizá por un pasado cruel.

—¿Por qué no principias de una vez?—le propuso, al tiempo que ofrecía la maravilla de sus labios rojos.

Y Smith comenzó. Y volvió a comenzar. Y fué feliz. Muy feliz.



—Tengo que no volvera.

## VI

Los dos hombres estaban mirándose como lo que eran como dos adversarios que se odiaban a muerte. Aun flotaban en el ambiente las palabras que Turner había dicho, cuando Smith se hallaba ya junto a la puerta, luego de haberle dado cuenta de su comisión.

—Smith...—le había dicho—. Me gustaría hablar con usted. ¡De hombre a hombre!

Y Smith se había detenido.

—Tengo una copia de su hoja de servicio durante la guerra—explicó el inspector—. Es auténtica y oficial... Pero pienso guardar silencio.

—¿A cambio de qué?—preguntó el otro.

—De que presente su renuncia inmediatamente.

Hubo una pausa.

—Si se niega, el cuerpo se enterará de su pasado... y con eso habrá terminado usted. ¿Cómo cree usted que recibirá las noticias la señorita Friel?

—No tardaré en saberlo. Se lo voy a contar todo ahora mismo.

Turner le detuvo ya en la puerta.

—Quería ser lo más benévolo posible, pero usted no lo quiere así... Ahora contésteme a esto...

Hizo una pausa, como para preparar mejor su traidora estocada:

—¿Qué hay de sus padres?... ¿De su hermano?... ¿Del honor de la familia?... ¿Cómo les afectará su proceder?...

Y al inspector le brillaron los ojos... Había vencido. Lo leyera en la expresión terrible de la mirada de su rival.

—Acepto sus condiciones...—dijo Smith, con voz sorda—. Presento mi renuncia.

—¡Su renuncia es aceptada!—gritó más bien que dijo el inspector, con el afán de un carnicero que cobra la presa esperada... ¡Hemos terminado!

Pero se vió detenido en su intento de retirada. El soldado Smith, que ya no era más que un hombre, le cortó el paso.

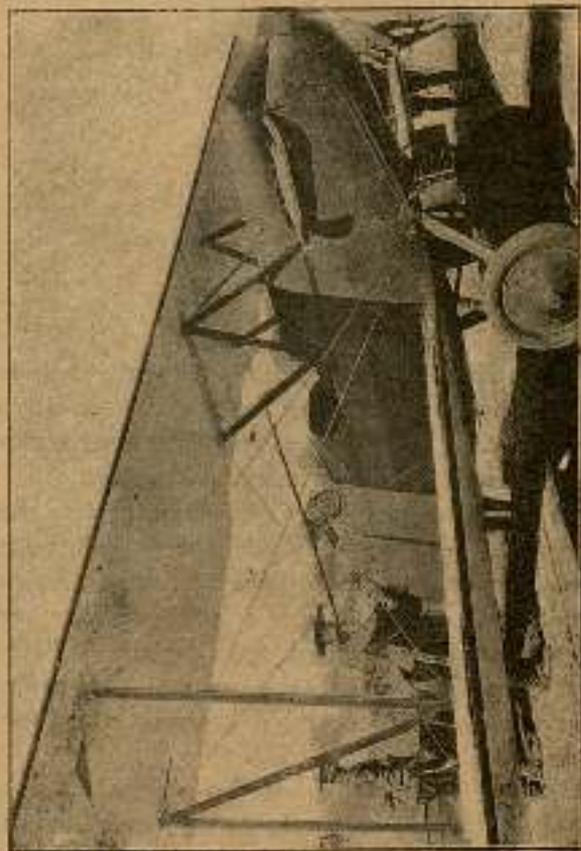
—¡Aun no, Turner! No olvide que si algún día emplea ese documento para deshonrar a mi familia...—hizo una pausa, como hiciera el otro antes— lo encontraré esté donde esté... Y entonces habrá otra cosa que añadir a mi hoja de servicio.

Y sin ni siquiera mirarle, salió de la estancia.

Corrió la noticia por el destacamento como un reguero de pólvora. Los hombres adivinaron prestamente de dónde venía el golpe y un cargo más hubo de añadirse a la ya larga cuenta del inspector Turner. Particularmente el sargento Doyle, estaba que echaba chispas.

Así sucedió que cuando Smith se presentó a su novia ésta ya sabía toda la tragedia de su alma, y consiguió arrancarle la promesa de que aguardaría la llegada del coronel Friel para decidir. Luego le aseguró también que iba en demanda de algo más y sin escuchar las palabras de él, se dirigió a la comandancia donde se hallaba Turner. Tardó en salir y cuando lo hizo, estaba loca de dolor. Acabábase de recibir un aviso advirtiéndole que el bosque cercano a Curry—donde se hallaba Friel—era una verdedera hoguera. Aquel nuevo golpe del destino adverso, hizo que ella se olvidara del peligro del amado para pensar de momento sólo en el del padre.

Y así no fué extraño que de momento quedara relegado el importante documento que su mano febril oprimía angustiada, en tanto que con la otra despedía al amado audaz que a bordo de un avión iba a intentar la gesta desesperada de arrancar al coronel del bosque incendiado.



*...a bordo de un avión...*

\*\*\*

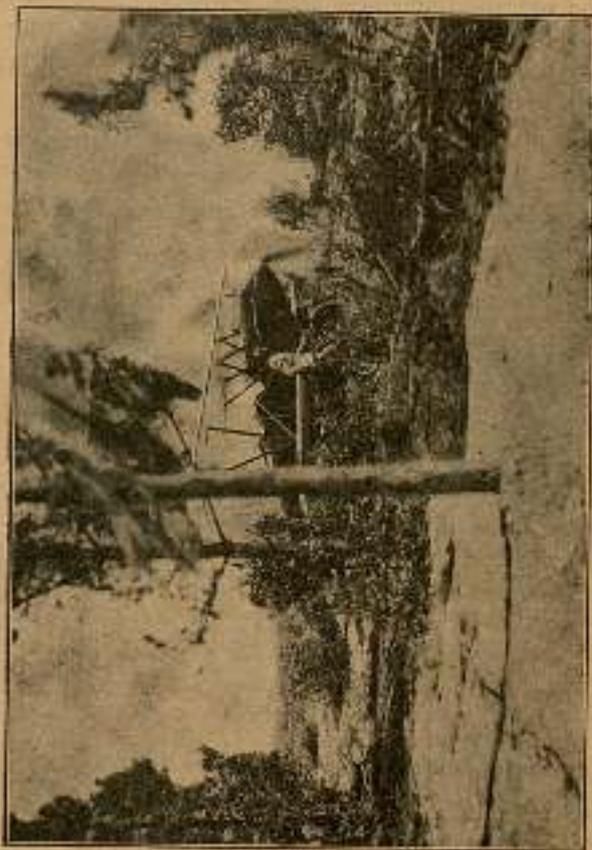
El hecho maravilloso fué posible. En medio de la hoguera, Smith hizo aterrizar su avión y llevó a cabo la heroica intentona de libertar al coronel y a su acompañante del círculo de fuego que les aprisionaba.

Y por esto, horas después, el coronel Friel exigía estrecha cuenta al inspector Turner del mando indigno que ejerciera durante su ausencia. Le oclaba en cara su acto vil de enviar a un solo hombre a las montañas, cuando él le advirtiera la necesidad de tener cuidado. Y llevado por su furor—ante aquella baja venganza—exigió con voz de trueno la renuncia del cargo de quien no sabía lucirlo con dignidad.

Cuadrábase Turner ante su superior cuando hizo su entrada Alicia, también pálida de ira. El coronel, que ansaba dar a conocer su decisión, díjole a boca de jarro:

—¡El inspector Turner ha renunciado!

—Es lo mejor que podía hacer—explicó Alicia—. Min-



...hizo aterrizar...

tió acerca de la hoja de servicio de Juan Smith. El informe que recibió vindicaba a Juan. El inspector ocultó el hecho de que Juan intentó encubrir a su hermano, que lo ha confesado todo. Y que el verdadero nombre de Juan Smith es Sir Roberto Macklin.

El coronel hubiese querido decir en una palabra toda la indignación que le producía este nuevo acto, cobarde, incalificable, pero sólo pudo ordenar con voz temblorosa por la cólera:

—¡Mientras más pronto se marche usted de aquí, Turner, mejor para usted!

Y días más tarde, una aurora de felicidad nació para la nueva pareja, que tuvo como guardia de honor a todos aquellos compañeros de la Real Policía Montada que de tal manera defendieran al compañero querido y tan bien supieran vengar la ofensa que en él hicieron aquel odioso inspector Turner de fatídica memoria.

FIN

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Dietos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Cañes, 1

**A los éxitos sin precedente de  
las interesantes novelas**

**Del mismo barro**

por Mona Maris y Juan Torena  
(5 ediciones)

**El precio de un beso**

por José Mojica y Mona Maris  
(3 ediciones)

**Ladrón de amor**

por José Mojica y Mona Maris  
(2 ediciones)

**El Valiente**

por Juan Torena  
(2 ediciones)

**El presidio**

por José Crespo  
(3 ediciones)

**Sevilla de mis amores**

por Conchita Montenegro y Ramón Navarro  
(3 ediciones)

**Bajo los techos de París**

por Albert Prejean, Pella Yllery y Gaston Modot

**Wu-li-Chang**

por E. Vilches

Acaban de salir con extraordinario éxito:

**MONTECARLO**

por Jeannette Mac Donald

**CAMINO DEL INFIERNO**

por María Alba y Juan Torena

**¡MIO SERÁS!**

por Jeannette Mac Donald y Reginald Denny

Se están agotando las **BIOGRAFÍAS** y  
Colecciones de 6 bonitas postales de

**José Mojica**

**Maurice Chevalier**

**Greta Garbo**

**Ramón Novarro**

**Charlie Chaplin**

**CHARLOT**

y

**Jeannette Mac Donald**

Numerosas fotografías - Curiosas anécdotas  
Postal-regalo - Lujosa portada

**Precio: 50 céntimos**

y la **Colección de 6 postales** de

**Juan Torena**

Véalas y no dejará de adquirirlas

**Precio: 30 céntimos**

Ediciones **BISTAGNE**

Passeig de la Pau, 10 bis  
Teléfono 18261 - BARCELONA

---

---